

Un real al mes

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y 4 rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRONICA.

Dos reales al mes

En Madrid y 10 rs. por trimestres para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

EL COCHERO DEL GENERAL R...

He aquí una historia que me han contado como voy á referir, y que se ha verificado fielmente como á mí me la contaron. No es una fábula, ni una ingeniosa invencion que tenga por objeto demostrar que una sola falta en la vida, es suficiente para perder un hombre su estimacion y su honra, sino un hecho real y verdadero y en el cual tenemos que variar los nombres de algunos personajes, porque revelaríamos de otra suerte los secretos de una ilustre familia inglesa.

Era al principio del siglo actual, cuando el general R.... hacia diligencias para adquirirse un cochero diestro. Entre otras personas á quien tenia cometido el encargo, se contaba á una señora que se llamaba doña Teresa, que ganaba su vida con los productos de un establecimiento de hostería y de carruages de alquiler. Al principio esta señora se escusó diciendo que ninguno podía proporcionarle que fuera de su confianza, porque aun de los mismos que dirigian sus carruages no estaba satisfecha. Uno solo, precisamente el gefe, digámoslo así, de todos los otros, el que vigilaba sus conductas, era el único que hubiera podido convenir al general, pero precisamente por sus buenas cualidades no queria doña Teresa desprenderse de él. Sin embargo, tantos fueron los ruegos y las vivas instancias del militar, que por último convino en cedérsele.

Nada de particular se observó en este hombre al principio de estar sirviendo al general; pero consiguió grangearse en poco tiempo su afecto, por la urbanidad de sus maneras, por su rara exactitud en el cumplimiento de su obligacion y porque jamás se mezclaba en los juegos y chanzas de sus compañeros. Esta preferencia, por una escepcion muy notable, no le ocasionó el odio de sus camaradas, porque se observaba de continuo en su semblante una tinta de tristeza, que hacia concebir la idea de que no era por vanidad por lo que se apartaba de su compañía. A la hora de comer, se sentaba con todos silenciosamente y comia con sobriedad; en seguida se retiraba siempre á la caballeriza. Los ratos que le dejaban libres el cuidado y aseo de los caballos, no los empleaba como los demás criados en ir á jugar ó á la taberna, sino que

se sentaba bajo de la sombra de algun árbol del jardin y pasaba el tiempo leyendo los libros que conseguia proporcionarse. No llamó la atencion de nadie por entonces esta singularidad, limitándose todos á calificar á Leandro de raro y misántropo, y dejándole hacer su gusto.

Así pasaron dos años siguiendo Leandro á su amo á todas partes donde los azares de la guerra le conducian, pues pasaba esto el año de 1807, en tiempos de nuestras gloriosas campañas de la independencia.

Nombrado el general para gobernador de una plaza de primer orden, ocurrió un dia dar un convite á gran parte de los oficiales de estado mayor y á los gefes de una numerosa division inglesa aliados de España, que se encontraba en las cercanías. Con este motivo tuvo precision el general de emplear á todos sus criados en el servicio de la mesa; Leandro, como era de suponer, estaba comprendido en esta requisicion, y á la hora de comer se hallaba como todos en el comedor con su servilleta al hombro. Sin duda el gran número de convidados estorbó que reparase particularmente en cada uno, porque se sirvió gran parte de la comida sin que ocurriese incidente alguno; pero despues en el momento de mudar el plato á un oficial de superior graduacion,ladeó este un poco el cuerpo para hacer lugar sin duda al criado, y lanzó una exclamacion de sorpresa al mirarle. Leandro reparó entonces en el oficial, púsose como él pálido, se le cayó el plato que sostenian sus manos y se marchó del comedor en un estado de turbacion que admiró á los convidados.

Todo esto se verificó tan rápidamente, que no pudieron darse cuenta de si su turbacion habia provenido de su torpeza, ó su torpeza de la turbacion, y como incidente de poco momento, continuó el banquete sin acordarse nadie de lo que habia pasado y sin que volviese á parecer Leandro por el comedor.

Sin embargo, el gobernador pensó que el inglés y su cochero debian conocerse hacia mucho tiempo, y observó así mismo que su mútua admiracion fué mas profunda y de otro género distinto que la que puede espresar un amo que halla un antiguo criado, ó la de un criado que encuentra á su antiguo amo. Singular fué la emocion, y profundo el terror que habian mostrado ambos en sus semblantes al mirarse frente á frente, y la preocupa-

ción del oficial durante todo el resto del tiempo que duró la comida afirmó al general en la sospecha de que entre los dos se ocultaba algún misterio. Si la España hubiese en este tiempo estado en guerra con la Gran Bretaña, hubiera pensado el general, si sería algún espía del enemigo á quien la esperanza de una buena recompensa obligaría á desempeñar este humilde papel porque no ignoraba que su origen era inglés; que su nombre legitimo no era Leandro, y además sus maneras anunciaban otra cosa que un cochero; mas en el estado de los asuntos políticos entonces, carecia de toda verosimilitud esta idea; siendo mas razonable creer que este hombre que tan rápidamente habia desaparecido de la mirada del oficial al reconocerle, hubiera estado antes en su casa empleado en su servicio, y que sería culpable de alguna acción cuyo descubrimiento le alarmase. No obstante que el gobernador estaba satisfecho del comportamiento y conducta de Leandro, quiso enterarse de si sería alguno de esos criados hipócritas que gastan años enteros en grangearse la confianza de sus señores para abusar después de ella con mayor impunidad.

Terminada la comida buscó el gobernador por todas partes al oficial inglés para preguntarle; pero también habia desaparecido de la sala como el cochero, y ni uno ni otro parecieron durante la noche. Esta nueva circunstancia redobló la curiosidad del general é interpelló á los demás criados. Entonces supo que el oficial inglés habia preguntado por Leandro; que después de averiguar su paradero fuele á buscar con la mayor diligencia; que habian permanecido reunidos un gran rato en cuyo tiempo sostuvieron una conversacion muy viva y que juntos habian salido del palacio y se habian alejado conversando siempre de la misma manera. El gobernador entonces difirió para el día siguiente el tratar de aclarar este misterio. A este tiempo supo que Leandro habia parecido y que se hallaba en la caballeriza limpiando los caballos con su acostumbrada impasibilidad. Escitada en lo mas vivo la curiosidad del gobernador bajó al punto á las cuadras con objeto de sorprender á Leandro, é interrogarle de improviso; pero desde el momento que aquel lo descubrió, salió á su encuentro, presentándole una carta concebida en estos términos.

«Bajo mi palabra de honor, respondo de la fidelidad y buena conducta del cochero Leandro, y mi agradecimiento para con el general conde de R.... será el mas inmenso, si no trata de averiguar el secreto de la existencia de este hombre.

EL CONDE V....»

—Y si me empeñase en descubrirlo? preguntó el gobernador al cochero.

—Me veria obligado á abandonar la casa de V. E. respondió este; y sería para mí el mas grande sentimiento porque me creo feliz aquí; sin embargo inmediatamente desaparecería.

La buena conducta de este hombre y la reco-

mendación del oficial inglés decidieron al general á no ir mas allá en sus averiguaciones. Leandro continuó en su caballeriza y al cabo de algunas semanas nadie se acordaba ya de aquel suceso. Probablemente se habria ya también borrado de la imaginación del general cuando un accidente funesto y terrible vino de nuevo á recordárselo.

Una mañana que conducia Leandro los caballos para que bebieran agua, fué lanzado por el que montaba y dando con la cabeza en las piedras del suelo, tubieron que conducirlo á casa del gobernador, en tan triste estado, que desde luego los facultativos no concibieron esperanza de salvarle.

En efecto murió el día mismo de su caída, sin recobrar el sentido. Al día siguiente, después de estraido el cadáver, encargó el gobernador á uno de sus ayudantes de campo fuese al cuarto de Leandro y tomase apunte de los efectos que pertenecian á aquel desgraciado. El cochero era un hombre extraordinariamente cuidadoso y económico, y por consiguiente su amo sospechaba que debía poseer algunos ahorros; entre otras cosas sabia que debía encontrarse una caja de tabaco y un reloj de mucho valor y queria que todo se recogiese y conservase para entregarlo á su familia si se descubria. El ayudante, pues, fué al punto al cuarto de Leandro para cumplir las órdenes de su general, pero su sorpresa llegó al colmo, cuando en el cofre del cochero encontró lo primero un uniforme del ejército inglés con las divisas de coronel, el real despacho de éste, y los diplomas de varias órdenes, cuyas condecoraciones guarnecidas de brillantes la mayor parte, se encontraban también allí. El ayudante que no tenia antecedente alguno del suceso de la comida, pensó que todos estos efectos los habria adquirido fraudulentamente; pero cuando dió cuenta á su jefe de lo que habia descubierto, se acordó de la aventura que hemos referido ya, y quiso con sus mismos ojos examinar todos estos objetos; esperando hallar algunos papeles que explicasen el misterio. No obstante todas sus pesquisas, no encontró otra cosa que los diplomas de que hemos hecho mérito, espedidos á nombre del conde de V.... Por lo demás ninguna correspondencia, ningún papel se encontró en que se descubriese lo que habia de comun entre el cochero Leandro y el conde de V.... coronel al servicio de Inglaterra en España. Era preciso pues limitarse á meras conjeturas, y pasaron muchas semanas sin que el gobernador descubriera nada relativamente á la estraña existencia de este hombre, cuando un día vió entrar en su casa al oficial que habia reconocido á Leandro de una manera tan extraordinaria.

La casualidad, y lo que se habia difundido lo estraño del caso de Leandro, hizo que llegase á sus oídos la muerte del cochero, y cuando se presentó, lo hizo para reclamar los papeles que hubiese dejado el difunto. El nombre del oficial y la consideración que disfrutaba eran suficientes

motivos para no dudar de sus derechos á la herencia; pero no obstante el gobernador creyó estaba en el caso de pedirle algunas aclaraciones, contándole al punto el oficial:

—Con tanto mas gusto, enteraré á vd. de lo que desea, cuanto que se ha fiado vd. de un simple testimonio mio para conservar en la casa al desgraciado cochera, á pesar del misterio que le rodeaba. Ese uniforme, esas divisas y condecoraciones le pertenecian y las habia ganado valerosamente como soldado. Una sola falta le hizo perder todo; pero la ha espiado noblemente y creo tributar un merecido homenaje á su memoria refiriendo á vd. lo que tantas congeturas ha ocasionado, y que de otra suerte nunca hubiera vd. aclarado.

Leandro no era otro que el conde de V... mi hermano mayor. Desde muy jóven habia conquistado el grado y distinciones cuyos diplomas ha examinado vd., y su fortuna militar fué tan rápida que hizo á nuestro padre concebir la esperanza de que le veria muy en breve elevarse á los mas honoríficos cargos del estado. Un acontecimiento de los que en el mundo son tan frecuentes, destruyó de un golpe tan bellas esperanzas. Herido mi hermano en una batalla en que se distinguió gloriosamente, tuvo precision para restablecerse de acudir á un establecimiento de baños termales donde tambien se encontraban gran número de compatriotas nuestros, poseedores de fortunas colosales. Vd. no debe ignorar hasta que extremo se exalta el furor de jugar en estas reuniones, en que mas bien concurren muchos por ostentar un lujo sibarítico, que por recobrar la salud perdida. Mi desventurado hermano olvidó facilmente que solo poseia los sueldos de coronel y se introdujo en estas partidas donde sus contendientes llevaban mucho mas dinero que él, y seguramente menos buena fé; así es que como era de esperar, al poco tiempo quedó arruinado y acosado de este género de deudas que hay la costumbre de calificar con el nombre de deudas de honor y que sin embargo son las menos honrosas de todas. Si mi hermano hubiera tenido algunos años mas, quizás no se hubiera creído tan precisado á satisfacer sus deudas en pocos dias, y quizás tambien para reparar una falta no hubiera apelado al medio de perpetrar un crimen. En su desesperacion, pensando que no podia mostrarse ya en público sin desquitar las deudas que habia contraído, recurrió para satisfacer á sus acreedores á un medio escesivamente culpable. Falsificó la firma de mi padre que tenia entonces mucho crédito en toda Inglaterra, y consiguió con ella descontar todo lo que quiso. Mas apenas cometió el crimen, cuando previendo sus funestas consecuencias, perdió la cabeza y aprovechando una licencia de convaleciente que habia obtenido, emigró de su patria.

Cuando á mi padre, lejos de sospechar lo que pasaba se le presentaron las letras para su cobro, no reconoció la firma y persiguió á los portadores como falsarios; mas despues, que averiguando como habian pasado de mano en mano descubrió

su origen, puede vd. comprender cuanto seria su sentimiento sabiendo que era su hijo quien habia cometido el crimen y que él mismo le habia deshonrado públicamente por la demanda judicial que habia entablado. No obstante su cólera, sacrificó mi padre toda su fortuna para satisfacer las falsificadas letras, y cuando supo las circunstancias que arrastraron á mi desventurado hermano, estaba dispuesto á perdonarlo. Entre tanto nada sabíamos de su paradero y fueron inútiles todas las diligencias que para averiguarlo se practicaron. Tambien sin mejor éxito se insertaron en los periódicos avisos anunciando que por un error involuntario habia al pronto desconocido su firma el anciano conde de V.... y que la acusacion de su plantacion de rúbrica quedaba sin efecto y que estaban satisfechas todas las cantidades giradas contra sí mismo. Esta manera indirecta de prevenir á mi hermano que estaba ya á cubierto su honor de toda sospecha, y que era dueño de presentarse cuando quisiera, no tuvo mejor resultado, haciéndonos adquirir la conviccion sino la seguridad, de que en su desesperacion habia puesto término á sus dias.

Recordará vd. mi admiracion al reconocerle sirviendo la mesa en el convite que vd. dió á los oficiales de mi division, y que él tampoco fué dueño de reprimir su sorpresa; pues bien, acabada la comida le busqué, resuelto á convencerle que de nuevo ingresase en nuestra familia. La idea de que se habia suicidado por sustraerse á la deshonra, hacia mucho tiempo que habia disipado la indignacion de mi padre, y sin duda alguna la relacion que yo le hubiera hecho de la voluntaria espacion que se impuso mi hermano, hiciera mas fácil el olvido de todo; mas este, sordo á mis suplicas, se mantuvo inflexible en su resolucion, contestándome á todo que jamás recobraría un nombre de que se habia hecho indigno. Todos los esfuerzos que hice para convencerle se estrellaron contra su firme voluntad, y me arrancó palabra no solamente de no descubrir á vd. nada de su secreto, sino tambien de ocultar su existencia á nuestro desventurado padre por no ocasionarle la desesperacion de renovar un sentimiento, un dolor que el tiempo habia ya calmado. Vime precisado á ceder á los deseos de mi hermano y esta relacion que hago á vd. ahora, no tiene otro objeto que precaver las pesquisas que pudiera vd. hacer, y que producirian quizás que llegase á oidos de mi padre lo ocurrido, turbando así el reposo de su ancianidad.

LOS FUGITIVOS.

Los portugueses al estender sus conquistas en la India, atacaron con furor la poblacion de Oia en el año de 1508. Los habitantes se defendieron con el valor que inspira la desesperacion; pero

demasiado débiles para resistir á europeos con armas de fuego, echaron á huir buscando en los vecinos bosques y montañas un asilo contra la crueldad de los vencedores. Un oficial portugués, llamado Silveira, descubriendo á un moro de buena apariencia que se escapaba por un sendero con una jóven de extraordinaria hermosura, corrió tras de ellos para alcanzarlos.

El moro sin cuidarse de sí mismo, volvió el

rostro para defenderse, diciendo á su compañera, que se salvase mientras él iba á morir; pero ella por el contrario se obstinó en permanecer á su lado, diciendo que mejor ansiaba morir ó quedar prisionera, que conseguir sola su libertad. Silveira conmovido con tal espectáculo, los dejó en libertad de retirarse salvos á donde quisiesen, diciendo á los que le seguían: No permita Dios, que mi espada corte unos lazos tan tiernos!



LA CASA DE PINDAR.

Cuando el rey Carlos Estuardo, Carlos I, vencido por Cromwel, fué acusado por el parlamento, tuvo que arrostrar para llegar hasta sus jueces el odio del pueblo y de los soldados, que le dirigian miradas furiosas. Carlos I, abrumado bajo tantos odios reunidos, bajaba la cabeza entregado á las mas tristes reflexiones.

Carlos I, se presentó delante de sus jueces; defendióse como rey y como caballero, y con tanta calma que un hombre de la plebe indignado, y fuera de sí al ver tan noble continente y tanta serenidad, llevó su insolencia al punto de escupir al rostro del desgraciado monarca.

Esta insolente villanía produjo un momento de silencio en la asamblea, porque si bien sus individuos se prestaban á que se levantase el cadalso de Whitehall, no podian menos de considerar, aun los mas republicanos, como un atroz atentado el insulto que acababa de hacerse al primer noble de la Inglaterra. El mismo Cromwel si se hubiera atrevido á hacer semejante insulto, puesto que á todo se atrevia, es seguro que habria pedido perdon por esta ofensa á Carlos I.

Oyóse de repente en medio de la multitud una voz conmovida que decia: *Animo, Señor!* Al mismo tiempo aproximándose tambien al rey otro hombre del pueblo, le limpió el rostro con mucho respeto, repitiendo estas consoladoras palabras: *Animo, Señor!*

En Inglaterra, como en todas partes, hay dos

pueblos: el pueblo sangriento, cruel, estúpido, atroz y loco; y el pueblo ilustrado, instruido, laborioso, padre de familia, y lleno de virtudes; en fin el verdadero pueblo, el que sabe batirse contra los enemigos, trabajar, orar y amar.

El hombre que dijo al rey: *Animo, Señor!* era un rico honrado comerciante de la City, que odiaba la efusion de sangre, y que después de haber hecho oposicion al rey, como un inglés que respeta las leyes de su país, volvía en defensa del rey desde el momento que lo veía infeliz y abandonado.

Este honrado comerciante se llamaba Pablo Pindar. Toda aquella asamblea de regicidas aplaudió la accion de Pindar, y Carlos I, levantó la cabeza algo mas animado creyendo que al menos iba á ser juzgado por hombres.

Carlos I, fué condenado á muerte.

El dia que marchó al suplicio, toda la ciudad de Londres se puso en movimiento. Todos los partidos quisieron asistir á este terrible desenlace de las guerras civiles; por todas partes reinaba el mas profundo silencio. Nadie dijo *adios* al rey que iba á morir, y que tuvo el disgusto de no ver una sola mirada amiga, una sola sonrisa consoladora: puede decirse que en medio de aquella inmensa muchedumbre murió enteramente solo.

Pero en la carrera ó mas bien cuando subía al cadalso, se presentó una jóven hermosa, trémula y llorosa que queria dar el último *adios* á su rey. Pero en vano quiso hablar, faltóle la voz; quiso llorar y sus lágrimas se detuvieron. Llevaba una rosa en la mano y la ofreció al monarca. Este se paró admirado: dirigió una mirada tierna á la jóven, saludóla, y en seguida tomó la rosa y subió al cadalso. Aquí Carlos quiso despedirse de su pueblo, conservando siempre en la mano la rosa que acababa de darle aquella linda y desconocida jóven. Al lado del rey veíase á un hombre enmascarado que lleno de impaciencia dirigia de vez en cuando su mano al instrumento de muerte. Muchas veces tuvo que interrumpir su discurso diciendo al hombre enmascarado: *No toqueis el hacha! No toqueis el hacha!* Cuando Carlos acabó de hablar estrechó contra su pecho la rosa, puso su cabeza sobre el tajo fatal y la cabeza cayó.

A este espectáculo se separó silencioso el pueblo inglés. El hombre enmascarado, el asesino del rey, tuvo que sustraerse al furor de aquel pueblo veleidoso, porque ese hombre enmascarado no era el verdugo ordinario, si no un gran señor que habia pagado al verdugo para que le cediera su puesto, y que seguramente no le iba en zaga al insolente que habia escupido al rostro de Carlos I.

La jóven que se habia compadecido del rey no pudo resistir este horroroso espectáculo y se desmayó. La multitud atenta y respetuosa la condujo á una casa que ella habia elegido solo por instinto. Esta casa era la de Pindar, á la cual se tiene mucha veneracion en Londres, y los ingleses la en-

señan á los estrangeros con noble orgullo, porque en ella vivió un hombre honrado que se atrevió á proteger á su rey en medio del furor de los partidos.

EL DESMAN.

ó

RATON ALMIZCLADO DE MOSCOVIA.



El desman es un animal pequeño pero muy notable por sus formas y costumbres. Es peculiar á los climas del medio día de Rusia, donde es muy comun encontrarle en las orillas de los estanques, de las lagunas y de los rios. Solo difiere de la familia de los musgaños, en dos dientes pequeños que tienen colocados entre los dos grandes incisivos inferiores, y en que los dos superiores son de figura triangular. Sus formas son las de un herizo, su color gris ceniciento, y el vientre blanco, y en lo demas nuestro grabado le reproduce con bastante exactitud para poder formar una idea aproximada. En cuanto á sus costumbres, es muy raro verle en tierra fuera del agua, y no tiene otros enemigos que los peces voraces y las águilas pescadoras, mas solo le persiguen á falta de otro alimento, cuando están acosados del hambre. Para llamar á su hembra ó reunirse á su familia, lanza un chillido parecido al del ánade y para esto tiene que encorbar su nariz sobre la boca, para servirse de ella como de una trompeta. Construye bastante artísticamente una vivienda que empieza á ahondar en la tierra por bajo del agua á bastante profundidad, y la vá elevando de manera que su agujero esceda al nivel de las aguas cuando llegan á su mayor altura; despues escava horizontalmente dos brazos sobrepuestos uno á otro en figura de Y. El brazo superior se estiende sobre las raices de los árboles y las plantas, pero nunca llega á la superficie de la tierra. Las raices de las plantas gramíneas que encuentra en sus escavaciones, las recoge cuidadosamente y las conduce al brazo inferior, donde forma con ellas un nido para su hembra mas cómodo que el que pudiera hacer con los pedazos de juncos de las riberas. Este nido lo sitúa en el fondo del agujero en una estancia ovalada de un pie de longitud y ocho pulgadas lo menos de ancho. En la primavera la hembra pare cuatro ó cinco hijuelos que cria y ama con toda la ternura de una madre cariñosa, y no los conduce al agua hasta que han adquirido suficiente robustez y fuerza paseándolos entre tanto por el piso superior de su vivienda.

Los *desmanes* se alimentan con huevos de pescado, gusanos y particularmente con sanguijuelas, tras de las que siempre andan á caza, y pa-

ra esto meten en el légamo su pequeña trompa, y de esta manera consiguen con mucha destreza apoderarse de su presa, y lo que es mas particular

es que las devoran bajo del agua, lo que no hace ni la nutria, ni ninguno de las otras especies que se conocen de carnívoros acuáticos.



LA PERI.

Tal es el título de un nuevo baile que se está anunciando hace ya dos meses como próximo á ponerse en escena en el teatro del Circo, y que algunos periódicos aseguran se representará mañana; baile fantástico muy lindo en el que á no dudarlo alcanzará nuevos triunfos la interesante Guy-Stephan. Queremos dar á nuestros lectores una ligera idea de su argumento, tal y como lo vimos en París hace seis meses, persuadidos de que no les pesará, primero por ser interesante, y segundo porque para los que residen en Madrid y vean el baile sirve de esplicacion y á los que no lo vean ó residan en las provincias, dará una idea aproximada de lo que son estos espectáculos, recientemente importados del vecino reino, tan en voga hoy en la capital como en su tiempo lo estuvo la nunca bien ponderada *Pata de Cabra* de feliz recordacion.

La escena de *la Peri* pasa nada menos que en el Cairo; al levantarse el telon para el acto primero representa el teatro una soberbia sala del harem adornada con todo el lujo oriental; á la izquierda del

espectador se vé un divan guarnecido con una piel de leon; por toda la escena se ven esparcidas una porcion de odaliscas ocupadas en adornarse; unas permanecen de rodillas, otras se ven sentadas sobre ricos almohadones; pero todas están prendiéndose dijes y collares, ó perfumando sus chales con los vapores que se desprenden de los vasos orientales, ó haciéndolos pasar en contacto con la piedra de los perfumes. La sultana, favorita, Nourmahal, se muestra muy complacida al contemplar su imagen reproducida en un espejo que sostienen dos esclavos. Roucem gefe de los eunucos, vá de una á otra parte, aconsejándolas que redoblen sus gracias y coqueteria, porque Achmet, amo del serrallo, no encuentra distraccion en los placeres, y el intérprete de sus voluntades, Roucem, no sabe ya de que medios valerse para reanimar su aburrida fantasia. Nourmahal misma, la hermosa y seductora Nourmahal miraba decaer su dominio en el corazon de Achmet.

Un tratante de esclavos llamado Omméli, viene á proponer á Roucem que le compre para su amo algunas esclavas: le dice que tiene cuatro lindísimas jóvenes europeas apresadas por un corsario argelino que no duda lisongearán el delicado gusto de Achmet y ensalza los talentos, la juventud y

la hermosura de sus cautivas. Estas son una española, una francesa, una alemana, y una escocesa; añadiendo que ni el sultan, ni el bajá han poseído en su harem cosa mejor. Despues de una discusion cómica y animada en la que el uno procura ensalzar su mercancía y el otro despreciarla, convienen en el precio, y queda concluido el negocio.

Aparece en seguida Achmet, lánguidamente apoyado en el hombro de un esclavo, sin fijar la atencion en lo que le rodea, y mezclándose distraídamente en las danzas y grupos de sus odaliscas.—Roucem que ha querido proporcionar á su amo una grata sorpresa, hace improvisadamente que aparezcan las esclavas compradas, y que cada una ejecute una danza de las que se acostumbra en su país; pero las bellezas de la tierra no seducen á Achmet que sueña con amores celestiales; despues de verlas bailar despide á sus mugeres; hace que le sirvan la pipa y á poco queda dormido sobre la piel de leon que guarnece el diván.

Achmet está soñando, y mientras tanto por el fondo se elevan azules y sonrosados vapores; al disiparse permiten distinguirse un espacio inmenso cubierto de cristalinos lagos y flores de perlas y esmeraldas iluminado por una luz trasparente y sobrenatural.

La reina de las Peris está de pie rodeada de su corte prosternada á sus plantas. Una corona de estrellas brilla en su frente, sus alas son de azul y oro. Las Peris descienden del mundo ideal al verdadero, y rodean á Achmet que duerme profundamente; pero cuando la reina de ellas se inclina sobre su frente, se estremece, despierta y la reconoce; era la que soñaba. Quiere la Peri arrebatarse á su morada, pero Achmet no puede ascender hasta la estrella que habita por carecer de alas, y para que pueda ella volar en su socorro cuando la necesite, hace un ramillete de flores, coloca en el centro una estrella de las de su frente, y le asegura que para aparecerse no tiene mas que besar la estrella. Para convencerle se oculta un momento y aparece súbitamente al punto que Achmet acerca á sus labios el talisman; en seguida se retira despues de darle un tierno adios.

Achmet vuelve á quedarse dormido. Roucem entra y le despierta; le cuenta entonces Achmet todo lo que le ha pasado y Roucem quiere convencerle de que es una ilusion, un sueño.

Achmet medio convencido por Roucem, hace llamar á sus mugeres; su favorita Nourmahal logra despertar en su corazon algun recuerdo de su antiguo cariño, pero al ir á darla un pañuelo, la Peri invisible para todos aparece, lo arrebatada y lo arroja lejos de sí, volviendo á Achmet el ramillete misterioso, prueba de la verdad de su sueño. Entonces lo recuerda todo, besa la estrella y se le presenta la Peri triste y afligida; pero le quita el ramillete y huye, porque no es digno Achmet de su amor. Achmet, loco y fatigado rechaza á todas sus mugeres y hasta á su favorita, á

quien vende por último al tratante de esclavos. La Peri feliz con haber triunfado, vuelve otra vez, se inclina sobre el hombro de Achmet y le restituye el ramillete. La favorita marcha conducida por su nuevo amo jurando vengarse, y aqui acaba el acto primero.

En el segundo representa el teatro el terrado del palacio de Achmet y en lontananza se descubren multitud de cúpulas y plataformas cortadas por calles estrechas.

Las compañeras de la Peri estan en el terrado del palacio, con su reina que espía á Achmet por una ventana; entre tanto otra la escita á renunciar á este amor que llevado adelante la perdería, y haría caer de su frente la diadema de estrellas; lo que seduce á Achmet, la dice, es tu divinidad, pero si fueras una muger oscura como cualquiera otra, no te miraría. Esta observacion la llena de tristeza; pero se decide á proseguir su aventura.

En este momento saltando de terrado en terrado, avanza hacia la escena desde el fondo del teatro una muger perseguida por eunucos y negros albaneses armados de sables y alfanges. Al verla las Peris se ponen en observacion con la mayor ansiedad y mas que todas la reina. La figura se acerca y dá un salto desesperado desde otra terraza á la de Achmet, divididas por una calle estrecha. Aquella muger es una esclava que huye del harem del bajá. Sus perseguidores se detienen ante el foso que valerosamente saltó la esclava; pero un negro la dispara su fusil y cae herida. Entonces le ocurre á la Peri por medio de su poder sobrenatural reemplazar en este cuerpo el alma que acaba de perder, para probar si en esta forma se hace amar de Achmet, y no es el orgullo de una union ideal lo que le seduce. Verifica la transformacion, alas y corona desaparecen; sus compañeras hacen lo mismo y la Peri á quien en adelante llamaremos Leila, queda sola tendida sobre los mármoles y con los vestidos de la esclava.

Achmet y Roucem que oyeron ruido en el terrado, salen á él y ven á Leila; logran que vuelva en sí, su herida es leve, cuenta su historia, diciendo que se ha huido del harem del bajá porque la perseguía un amor á que no podía corresponder y por último termina ofreciendo á Achmet su obediencia y un agradecimiento sin límites á su proteccion.

Las odaliscas acuden y rodean á la recién llegada para examinarla atentamente. Unas la encuentran hermosa, otras la critican. Achmet la pregunta que destino era el suyo en el serrallo y que talentos posee. Ella enumera algunos, y entre otros dice que sabe bailar. Vienen músicos, baila, y su jóven señor encantado de su habilidad, la admite en el número de sus odaliscas y hace se prepare una gran fiesta para celebrar su recepcion. Entonces Leila aparece cubierta con un haick, especie de manto que la cubre toda menos los ojos, y comienza un paso de baile conocido solo en el

Cairo. Durante la danza, comienza en su derredor á zumbear una abeja que la persigue: el insecto cada vez mas irritado se vuelve contra ella, y se introduce por los pliegues del manto; la bailarina lo arroja lejos de sí, pero la abeja cada vez mas tenaz zumba en su derredor; la lucha y la viveza del baile, vá siempre creciendo; últimamente se despoja de su ropage exterior y en el trage mas ligero de gasas transparentes, continúa su danza seductora y concluye abrumada de fatiga por acogerse al lado de Achmet, que entusiasmado y lleno de admiracion se inclina amorosamente hacia ella para felicitarla. Modestamente admite los obsequios de los demas, y cuando todos se retiran Achmet la hace quedar con él.

Achmet repara en Leila y cuanto mas la mira, mas semejanza cree encontrar entre ella y la Peri; para completar la ilusion, pone en su frente la estrella del ramillete.

Nourmahal, la antigua favorita de Achmet armada de un puñal, consigue penetrar, por las inteligencias secretas que mantiene en la casa, hasta donde se halla su amante, con ánimo de vengarse. Le asesta un golpe y Leila lo evita; entonces la altiva sultana acomete á Leila, mas Achmet logra interponerse y desarmarla. Achmet manda que la corten la cabeza; pero Leila suplica é intercede para conseguir su perdon.

Lleno de susto entra un negro á participar á su amo, que el bajá, antiguo dueño de Leila, viene á reclamar su esclava para castigarla. Entonces Achmet confia la guarda de Leila á Roucem, que la hace bajar á un subterráneo cuya trampa se cierra inmediatamente despues de su paso. Escena de confusion y terror. Cambia el cuadro apareciendo un calabozo en cuyo fondo se vé una ventana con reja.

Achmet está preso en poder del bajá y trata de seducir á su carcelero pero inútilmente. Se halla muy desmayado de animo porque no alimenta esperanza de salvarse sino entrega la esclava, pero la ha ofrecido su proteccion y no lo hará. Si al menos tuviera el mágico ramillete llamaría á la Peri en su socorro, pero su favorita Nourmahal en su furor se apoderó de él y lo deshizo. Entretanto que se entrega así á sus reflexiones, se abre súbitamente el muro de la prision y se le aparece la Peri, para decirle que abandone á la esclava y que huya con ella; le ofrece la felicidad, la gloria y los placeres y le dice que entregue la esclava para que su amo la castigue; que sino sufrirá un suplicio horroroso por el amor de una muger mortal, por una hermosura de un dia. La Peri quiere asegurarse con esta última prueba de los sentimientos de Achmet. Últimamente rehusa este la felicidad á tanta costa, y la Peri se retira afectando una cólera desdeñosa.

Por ultima vez el bajá viene á intimar á Achmet le entregue la esclava; pero este se niega á hacerlo; entonces el bajá ordena á los verdugos que le arrojen por la ventana, rasando el muro que es-

tá herizado de puntas de hierro dispuestas de manera que enganchen el cuerpo y lo desgarran antes de llegar al profundo del abismo. Pero apenas desaparece el generoso jóven, cuando se derrumban las murallas del calabozo y aparecen entre nubes graciosos grupos de Peris; el cielo se entreabre dejando percibir un paraíso musulman, maravilloso y de fantásticas formas, cuyas gradas plateadas sube Achmet, conducido por la mano de la que en adelante debe ser su eterna é inseparable compañera.

Tal es el argumento de *La Peri*.

REVISTA DE LA SEMANA.

Segun habiamos previsto el señor Liszt ha vuelto á presentarse en esta semana en el teatro del Circo, donde ha recogido nuevos y merecidos laureles.

—El jueves en la noche se dió en Palacio un concierto al que asistieron, el cuerpo diplomático, las autoridades, los individuos de los cuerpos colegisladores y otras personas notables; á las 8 y media se presentaron S. S. M. M. y A. A. en el salon llamado de Ordenes que era el destinado al efecto; el señor Liszt ejecutó varias piezas al piano, y ademas cantaron las señoritas Vela de Aguirre, Campuzano, Cabrero, Ezpeleta y Bouligne y los señores Puig y Cavani; en uno de los intermedios S. S. M. M. dispensaron la honra á los concurrentes de admitirlos á una lujosa y abundante mesa dispuesta en dos hermosas salas de las cuales una era un jardin artificial. A la una, y despues de concluido el concierto, se retiraron S. S. M. M. y A. A.

—El lunes parece que se pondrá en escena en el teatro del Circo, el famoso baile *La Peri*, para el cual se han hecho inmensos preparativos. El mismo dia ó el siguiente se verificará el primer concierto de la *Iberia Musical* en el salon del Instituto, en el que tambien tomará parte el señor Liszt y otras notabilidades artísticas.

—El jueves último tuvo lugar en el Circo la primera representacion de la ópera *Gemma di Vergy* para la salida del tenor Bettini; este fué en general aplaudido y muy particularmente en el duo del segundo acto, cuya última parte le hicieron repetir. Tiene buenas maneras, bastante espresion y una voz estensa y agradable; no atinamos por que ha elegido para su salida una ópera que no es de primer orden en la parte de tenor.

—Varios artistas, músicos y literatos, han dado una comida, el lunes, al señor Liszt en la fonda de Genyeis; reinó la mayor alegría, hubo infinitos brindis en prosa y verso y dos de los asistentes, á lo que parece enemistados, se reconciliaron á instancias de sus compañeros, abrazándose y jurándose amistad eterna. No fué este el solo bien que produjo el banquete que nos ocupa; el señor Velez de Medrano dijo que todos los artistas debian reunirse bajo una sociedad de progreso del arte y que esta deberia llamarse *Santa Cecilia*, cuya idea fué admitida con entusiasmo y aprobada por unanimidad. En su consecuencia parece que ya se está preparando el reglamento.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,

DE D. F. DE P. MELLADO.—EDITOR.